

Kurt, W. (2024). *Democracy's Resilience to Populist Threat: Countering Global Alarmism*. Cambridge University Press

Jorge Gerardo Flores Díaz

 <https://orcid.org/0000-0002-7391-3906>

Universidad de Quintana Roo
Correo electrónico: jorge.flores@uqroo.edu.mx

DOI: <https://doi.org/10.22201/ijj.24484881e.2025.53.19944>

En esta obra, Kurt Weyland define al populismo como: “una estrategia para ganar y ejercer el poder político, basada en un liderazgo personalista, por lo general carismático, que se apoya en conexiones (cuasi) directas, no mediadas y no institucionalizadas, con una base de seguidores heterogénea, amorfa y desorganizada” (p. 20).

Según el autor, los liderazgos populistas constantemente buscan aumentar su poder, por lo que ven a las instituciones liberales como obstáculos que hay que superar. Por ello, tratan de anular la separación de poderes, capturar a todas las instituciones independientes y sofocar a las fuerzas de oposición. Sin embargo, su éxito en esta empresa es poco común.

En esta investigación, Weyland realiza un análisis de las condiciones que permiten a los gobernantes populistas debilitar los pesos y contrapesos de los regímenes democráticos. A partir del estudio de 40 casos en América Latina, Estados Unidos y Europa (desde el final de la Guerra Fría) llega a la conclusión de que la visión catastrófica sobre el futuro de la democracia, enarbolada por diversos autores a partir del reciente ascenso de liderazgos populistas, es exagerada, pues si bien el populismo busca la concentración del poder, para tener éxito requiere circunstancias contextuales específicas que tienen lugar en pocas ocasiones.

Solo en siete de los casos estudiados los gobernantes populistas lograron subvertir la democracia, y para lograrlo requirieron la coincidencia e intersección de dos elementos: *debilidad institucional* y *oportunidades coyun-*

turales, mismos que son dados, no pueden ser creados por ellos. Además de que deben ser capaces de aprovecharlos, pues la incompetencia de líderes populistas puede evitar su éxito (p. 12 y 27).

Para Weyland, la *debilidad institucional* implica dos cosas: 1) no hay confianza en que las instituciones guíen y moldeen el comportamiento político (no se obedecen), y 2) las instituciones pueden ser modificadas con facilidad. A su vez, las *oportunidades coyunturales* se refieren a momentos de crisis que desacreditan a la clase política tradicional, permitiendo el crecimiento meteórico de los populistas *outsiders*. Si estos logran resolver problemas urgentes adquieren supremacía política y apoyo irrestricto de la ciudadanía a su proyecto político (p. 50).

El autor señala que, en los sistemas presidencialistas de América Latina, de mediana fortaleza institucional, los populistas han logrado subvertir la democracia solo bajo circunstancias realmente excepcionales: cuando se combinan de forma simultánea dos crisis catastróficas (oportunidades coyunturales), en la economía y en la seguridad pública. Asimismo, debieron tener un desempeño igualmente excepcional para resolver ambas crisis con gran eficacia. El caso paradigmático es el de Alberto Fujimori en Perú, quien gracias al apoyo irrestricto de la ciudadanía que logró al enfrentar exitosamente dos crisis, logró instaurar un autoritarismo competitivo.

A finales de los ochenta Perú enfrentó una desastrosa crisis económica que desmoronó la moneda con una hiperinflación de 6300 por ciento (p. 55). En este contexto, los partidos tradicionales sufrieron un fuerte desprestigio y Fujimori, un ingeniero agrónomo que decidió incursionar en la política como un *outsider*, ganó la presidencia en las elecciones de 1990.

Para enfrentar la inflación implementó un riguroso plan de estabilización, muy costoso en el corto plazo, pero efectivo. Con un equipo de expertos neoliberales llevó a cabo un programa orientado hacia el mercado; asimismo, privatizó empresas públicas, y con los ingresos pudo sostener el gasto social. Con ello, a partir de 1993 la economía se recuperó notablemente.

El segundo reto fue la violencia desatada por el grupo guerrillero “sendero luminoso”, el cual se enfrentó al Estado y atacó deliberadamente a la sociedad civil causando al menos 20,000 muertos para 1990 (p. 78). No desató una “guerra sucia”, como muchos regímenes militares en la región ante retos similares en los años sesenta y setenta. En vez de ello, apoyó a las autodefensas campesinas y grupos vigilantes. Además, utilizó inteligencia sofisticada y operaciones policiales especiales para arrestar a los dirigentes subversivos en las ciudades.

Sin embargo, la oposición a sus proyectos provocó un conflicto político que fue resuelto por Fujimori al cerrar el Congreso y las Cortes mediante un autogolpe militar en abril de 1992. Esta medida fue justificada por la “urgente necesidad de infligir un ataque decisivo a la guerrilla y salvaguardar la estabilidad económica”, y obtuvo un apoyo de entre 80 % y 82 % de los ciudadanos.

No obstante, la presión ejercida por Washington impidió a Fujimori establecer un gobierno abiertamente dictatorial, por lo que tuvo que regresar a la organización de elecciones estableciendo un autoritarismo competitivo (pp. 77-86).

En otros casos, liderazgos populistas enfrentaron solo una crisis. Menem en Argentina ganó la presidencia (1989) en medio de una severa crisis económica que había llevado a su predecesor, Raúl Alfonsín (1983-1989) a abandonar anticipadamente el poder. Menem impulsó un plan de austeridad neoliberal, y terminó así con el modelo peronista que imperó por décadas. Asimismo, utilizó el dólar estadounidense como ancla para frenar la subida de precios. A pesar de que el plan económico (reformas de mercado) provocó dificultades en el corto plazo, el apaciguamiento de la inflación trajo alivio a la población y una recuperación económica a partir de 1991 (pp. 84-87). El éxito en esta materia dio a Menem mayor aprobación ciudadana, lo que le permitió ganar la reelección. Sin embargo, no fue suficiente para poder perpetuarse en el poder.

Por su parte, Álvaro Uribe ganó la presidencia de Colombia en 2002, en un contexto marcado por una virtual guerra civil en la que se enfrentaban grupos guerrilleros activos desde los años sesenta y grupos de autodefensa (paramilitares de derecha). Ambos grupos participaban en el tráfico de drogas, por lo que contaban con los recursos suficientes para adquirir armamento moderno, generando una crisis de seguridad en el país. Uribe fortaleció al ejército y a la policía con el apoyo de Estados Unidos (mediante el Plan Colombia este país otorgó millones de dólares de ayuda y asistencia militar). Esta estrategia dio buenos resultados. Las operaciones contrainsurgentes redujeron considerablemente los ataques violentos y los secuestros, lo que generó alivio a la población.

Aprovechando su alta popularidad, derivada del éxito de la estrategia antiguerrilla, Uribe pretendió reformar la Constitución vía referéndum. Su proyecto debilitaba al Congreso y a los partidos, al tiempo que aumentaba los poderes presidenciales. Sin embargo, no logró la participación requerida (25 % del electorado), en buena medida gracias a la campaña abstencionista

de la oposición y por supuesto por no contar con el suficiente apoyo de la ciudadanía.

Como señala Weyland, “Uribe —como Menem— tuvo el apoyo suficiente para ganar la reelección, pero no le alcanzó para extender su mandato más allá y erigirse en un autócrata” (p. 92). Estos casos sustentan su tesis de que, para subvertir la democracia en sistemas presidenciales de mediana fortaleza institucional, los líderes populistas requieren un apoyo abrumador de la ciudadanía, que solo otorga el haber resuelto dos crisis (en la economía y en la seguridad).

El autor también analiza casos de “fracaso populista”, en los que líderes populistas afrontaron condiciones menos propicias o fueron incapaces de aprovechar las oportunidades. Es el caso, por ejemplo, de Collor de Mello en Brasil.

Collor de Mello asumió la presidencia en 1990, y enfrentó un contexto marcado por una severa crisis económica. Para enfrentarla decretó un programa de estabilización y ajuste. No obstante, fue un fracaso. Los niveles de inflación anual fueron del 433 % en 1991 y del 952 % en 1992. Con ello, sus niveles de aprobación ciudadana se desplomaron, y después de ser acusado de corrupción comenzaron a surgir movilizaciones en su contra que culminaron con un juicio político y su destitución en 1992.

A partir de casos como el de Collor de Mello, el autor afirma que los líderes populistas incompetentes, que muestran una notable incapacidad para combatir problemas urgentes, pueden fácilmente ver desplomada su popularidad y supervivencia política (p. 96).

Ahora bien, los sistemas parlamentarios tienen un nivel más alto de debilidad institucional, en comparación con los presidencialismos latinoamericanos, ya que no existe una separación rígida entre los poderes ejecutivo y legislativo, y las reformas institucionales son más sencillas (encuentran menos jugadores con poder de veto). Por ello, las oportunidades coyunturales necesarias para debilitar la democracia resultan menos excepcionales. Una sola crisis es suficiente, como lo demuestran los casos de Hungría con Orbán, y Turquía con Erdogan.

Como primer ministro de Hungría, Viktor Orbán impulsó un proyecto iliberal, afianzado en valores tradicionales y conservadores. Orbán construyó el modelo autoritario húngaro por vías completamente legales, sin medidas para-legales o abiertamente ilegales. Esto fue posible gracias a que el sistema parlamentario húngaro permite el cambio con relativa facilidad. Tiene una inusualmente débil separación de poderes y el primer ministro carece

de jugadores con poder real de veto (*veto players*). Únicamente un presidente indirectamente electo, con limitadas atribuciones, y un Congreso unicameral. Además, Hungría es un país unitario, por lo que el gobierno central dicta las reglas para el país entero.

Debido a la crisis económica resultante de la recesión global de 2008, el partido Fidesz de Orbán ganó una clara mayoría en las elecciones parlamentarias de 2010, lo que se tradujo en una mayoría del 68% de asientos, suficiente para reformar la Constitución. Esto permitió dar inicio al proyecto de concentración del poder. Se erosionó la independencia judicial, colocando a leales en puestos clave (como en la Corte Constitucional). Y la competencia política fue minada.

Weyland destaca el hecho de que Orbán no violó ninguna regla al solidificar su predominancia, por lo que evitó que sus oponentes, domésticos e internacionales (Unión Europea), pudieran bloquear el avance iliberal (p. 172).

Por su parte, Recep Erdogan en Turquía se benefició de un sistema parlamentario con débiles contrapesos y de una severa crisis económica que le permitió a su partido Justicia y Desarrollo (AKP) ganar una clara mayoría legislativa. Erdogan utilizó su mayoría para eliminar el obstáculo más importante a la concentración del poder: el ejército, el cual constituía la institución tutelar de la democracia y del secularismo en el país. Asimismo, el enorme apoyo de la ciudadanía, obtenido no solo por su éxito en materia económica, sino también por promover el Islam, le permitió crear un sistema presidencial en el que se concentró, sin contrapesos reales, el poder del Estado (pp. 164-168).

Por último, Weyland sostiene que en países con alta inestabilidad institucional la democracia es vulnerable y no es necesaria una crisis catastrófica. Basta la distribución de recursos extraordinarios entre la población para que liderazgos populistas ganen el apoyo necesario para minar la democracia. Esto es lo que ocurrió con el aumento extraordinario del precio de los hidrocarburos en Venezuela con Chávez, Bolivia con Morales, y Ecuador con Correa.

Hugo Chávez en Venezuela fue el creador del modelo de populismo “bolivariano”, seguido por diversos mandatarios de izquierda —de manera exitosa Morales y Correa—. Venezuela padeció un grave deterioro económico a partir de la década de los ochenta. Esto, sumado a la corrupción generalizada en el gobierno, propició manifestaciones de descontento que pretendieron ser reprimidas por el ejército. No obstante, una fracción, liderada por Chávez (oficial militar) se reveló e intentó un golpe de Estado en 1992. En esta oca-

sión Chávez fracasó, pero ganó notoriedad nacional y en 1998 ganó las elecciones presidenciales.

Gracias al drástico aumento de los precios de los hidrocarburos (a partir de 2003), Chávez inició un amplio programa de ayudas sociales a la población, lo que redundó en el aumento de su popularidad y le permitió llevar a cabo su proyecto de concentración del poder (debilitar los controles al ejecutivo, permitir la reelección, crear un Congreso unicameral, controlar al poder judicial, etcétera). El resultado fue un autoritarismo competitivo (pp. 124-127).

En Bolivia, la importancia del boom de los hidrocarburos fue mayor, dados los mayores niveles de pobreza registrados en este país. En los años noventa se descubrieron enormes depósitos de gas natural, lo que incrementó drásticamente las demandas sociales. Surgieron diversas organizaciones que protestaron contra los gobiernos neoliberales, y a principios del nuevo siglo la inestabilidad política llevó a la salida del presidente.

Los movimientos sociales politizados formaron un nuevo partido, el Movimiento al Socialismo (MAS) y su líder, Evo Morales, triunfó en las elecciones presidenciales de 2005. Siguiendo el modelo chavista, Morales buscó concentrar el poder del Estado en la presidencia (logró controlar el poder judicial y la administración electoral, además de otros órganos autónomos). Asimismo, su mandato se caracterizó por el acoso e intimidación de fuerzas opositoras, mediante mecanismos formalmente legales. Numerosos políticos de oposición fueron encarcelados o se vieron forzados a salir del país. Con ello, Bolivia se transformó en un ejemplo de autoritarismo competitivo (pp. 130-131).

Por su parte, Ecuador se caracterizó por una alta inestabilidad política desde finales de la década de los noventa, por lo que Rafael Correa, un “líder estilo Chávez”, encontró gran apoyo a su proyecto de transformación política y social. En la presidencia, Correa utilizó los ingresos del boom petrolero en ambiciosos proyectos. Incrementó masivamente el empleo público, (de manera destacada con la construcción de caminos y presas eléctricas), y creó generosos programas sociales, lo que benefició a amplios sectores de la población.

Para consolidar su predominancia, impulsó reformas que le permitieron concentrar más poder en la presidencia, debilitar otras ramas del Estado y ser reelecto. Correa sistemáticamente presionó e intimidó a la prensa, y atacó a movimientos sociales independientes y ONG. Gobernó de forma

autocrática y transformó la democracia en un autoritarismo competitivo (pp. 132-133).

En suma, el análisis comparativo presentado por Weyland revela tres caminos para la destrucción populista de la democracia en la posguerra fría: 1) sistemas presidenciales de mediana fortaleza institucional, más crisis económicas y de seguridad; 2) sistemas parlamentarios de baja fortaleza institucional, más crisis económicas y, 3) sistemas presidenciales con muy baja fortaleza institucional, más ingresos extraordinarios. Y éstos, a su vez, corresponden a tres subtipos de populismos: 1) derecha latinoamericana neoliberal (Fujimori y Bukele); 2) derecha europea tradicionalista (Orbán y Erdogan) y, 3) izquierda latinoamericana “Bolivariana” (Chávez, Morales y Correa) (p. 61).

Ahora bien, Weyland señala que los estudios sobre populismo en su mayoría se han centrado en los casos en los que este tipo de liderazgos han logrado subvertir la democracia, por lo que tienden a sobrestimar el riesgo que éstos representan (por ejemplo: Levitsky y Ziblatt, 2018; y Kaufman y Haggard, 2019). Sin embargo, como arguye el autor, la realidad es que la posición alarmista es errónea. Las condiciones contextuales que permiten minar la democracia se presentan en raras ocasiones y la mayor parte de los líderes populistas en el poder desde el fin de la Guerra Fría han carecido éstas.

En esta investigación el autor analiza los siete liderazgos populistas que lograron asfixiar la democracia después de la Guerra Fría (Alberto Fujimori, Nayib Bukele, Viktor Orbán, Recep Erdogan, Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa); además de los 33 que fracasaron:

Neoliberales en América Latina: Carlos Menem (Argentina), Álvaro Uribe (Colombia), Fernando Collor de Melo y Jair Bolsonaro (Brasil), Abdalá Bucaram (Ecuador), Jorge Serrano y Jimmy Morales (Guatemala), y Alejandro Toledo y Alan García (2006-2011) (Perú). Izquierda Bolivariana en América Latina: Lucio Gutiérrez (Ecuador), Manuel Zelaya (Honduras), Fernando Lugo (Paraguay), Ollanta Humala y Pedro Castillo (Perú), Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner (Argentina), Alan García (2021-2022) (Perú), y Andrés Manuel López Obrador (México). Derecha tradicionalista en Europa: Jaroslaw Kaczynski y Lech Walesa (Polonia), Vladimir Meciar, Robert Fico e Igor Matovic (Eslovaquia), Andrej Babis (República Checa), Ivan “Janez” Jansa (Eslovenia), Traian Basescu (Rumania), Boyko Borisov y Simeon Borisov von Saxe (Bulgaria), Silvio Berlusconi (Italia),

Boris Johnson (Gran Bretaña) y Andreas Papanreou y Alexis Tsipras (Grecia). Y derecha tradicionalista en Norteamérica: Trump (Estados Unidos).

Vale la pena señalar que, de acuerdo con esta investigación, el riesgo de quiebre de la democracia es especialmente improbable en las democracias consolidadas de países industrializados, ya que éstos se caracterizan por una sólida fortaleza institucional y un desarrollo económico avanzado que las vuelve prácticamente inmunes a crisis drásticas y a ingresos súbitos e inesperados. De ahí que no existan ejemplos de populistas que hayan logrado subvertir la democracia para estos casos.

Como ejemplo paradigmático de liderazgos populistas en democracias consolidadas y altamente desarrolladas, Weyland estudia el caso de Trump en Estados Unidos, dedicándole un capítulo entero de su obra. El autor aduce que este personaje ha mostrado claras orientaciones iliberales, no solo en su discurso, sino también en sus acciones. Sin embargo, afirma que la democracia estadounidense, aun con un líder populista como Trump en la presidencia, tiene escasas posibilidades de perecer.

Para empezar, su fortaleza institucional es muy alta. Su Constitución, la más antigua y estable del mundo, establece un sólido sistema de pesos y contrapesos, que incluye un régimen presidencial con una clara separación de poderes, un federalismo con gobiernos locales fuertes y muy independientes, un poder judicial igualmente independiente, y un Congreso con bajos niveles de disciplina partidaria. A lo que se suma una sociedad civil vibrante, bien preparada y con amplios recursos. Asimismo, en materia económica el autor destaca la fortaleza de este país, señalando que la ocurrencia de crisis severas o ingresos extraordinarios es altamente improbable. Así, Weyland sostiene que dismantelar el sistema liberal democrático en Estados Unidos es prácticamente imposible.

El autor concluye esta investigación subrayando que “el populismo no es tan peligroso como se teme”, pues solo en una minoría de casos los líderes populistas en el poder han podido estrangular la democracia. Su éxito ha dependido de condiciones institucionales y coyunturales poco comunes, por lo que en la mayoría de los casos los intentos por asfixiar la democracia han fracasado, e incluso han generado una contraofensiva, revitalizando la participación de la sociedad civil y los controles liberales al poder.

Para cerrar, puede señalarse que esta obra constituye un aporte destacado para entender el impacto del populismo en las democracias contemporáneas. Su mayor virtud se haya en explicar, partiendo de un análisis comparativo amplio, las condiciones que permiten a un gobernante populista minar

los controles democráticos a su poder. Con ello, ofrece una interpretación que contrasta con estudios recientes que, partiendo de pocos casos, advierten (y exageran) el peligro que este tipo de liderazgos implica para la democracia. Así, este trabajo es de lectura obligada para los estudiosos de la democracia, ya que presenta aseveraciones muy relevantes que obligan a repensar los riesgos contemporáneos a la supervivencia de este tipo de régimen político.

Referencias

- Kaufman, R., y Haggard, S. (2019). Democratic Decline in the United States: ¿What Can We Learn from Middle-Income Backsliding? *Perspective on Politics*, 17(2), 417-32. <https://doi.org/10.1017/S1537592718003377>
- Levitsky, Steven, y Ziblatt, D. (2018). *How Democracies Die*. Crown Publishers.

